

1. El retorno del héroe

WILLIAM WALKER CUMPLE treinta y tres años el 8 de mayo de 1857, alojado con comodidad en la corbeta norteamericana *St. Mary's*, navegando frente a Costa Rica. Rumbo a Panamá, goza a sus anchas de la cámara del capitán, cedida por el gentil comandante Davis al subir a bordo en San Juan del Sur, en la que va "perfectamente a salvo de cualquier ataque, exceptuando los de su propia conciencia".¹ Walker, no obstante, va ya enojado con Davis, acusándolo de colusión con el enemigo, de haber inducido a sus soldados a desertar y de haberle entregado sin razón a Mora su goleta nicaragüense *Granada*. Es tal la insolencia colérica de Walker, que Davis se abstiene de entrar en su propia alcoba durante la travesía. Irremisiblemente atrapado dentro del calabozo mental de su delirio mesiánico, Walker culpa a Davis de su derrota y asegura, confiado, que pronto estará de regreso en Nicaragua.

Al arribo en Panamá, el 16 de mayo, el comodoro Mervine le envía un mensaje, preguntando cuántos de su séquito van a Nueva Orleans, cuántos a Nueva York, y cuántos están dispuestos a pagar el valor del pasaje de Panamá a los Estados Unidos. Walker le responde con rudeza que cuando requiera un agente, él mismo lo escogerá. Mervine entonces manda llamar a Henningsen, y le previene que piensa meterlos a todos en su fragata para enseguida llevárselos a San Francisco. Walker cede al instante, y anuncia que él pagará su propio pasaje a Nueva Orleans y Henningsen el suyo a Nueva York. Pero el gobernador don Bartolomé Calvo lanza una proclama prohibiendo el desembarque de los filibusteros en Panamá, mientras no sea el momento de tomar el tren rumbo a Colón [Aspinwall] y de ahí salir de inmediato hacia los Estados Unidos. Así, los filibusteros se ven obligados a

permanecer en la *St. Mary's* mientras llega el vapor de California, para cruzar el istmo en el tren junto con los pasajeros.

Los panameños sienten fuerte antipatía hacia los norteamericanos, y en especial hacia los filibusteros. El encono se exacerbó el año anterior, en abril de 1856, cuando un viajero norteamericano trató de robarle una sandía a una mercadera panameña y se armó una trifulca. Otros pasajeros, ignorantes del motivo de la riña, acudieron en auxilio del compatriota, y otros nativos en auxilio de la vendedora. Resultaron quince personas muertas y muchas más heridas en un furioso motín en el que participaron varios filibusteros que iban camino a Nicaragua a unírsele a Walker.² Temeroso de que la presencia de éste incite otro motín, el comodoro Mervine solicita permiso al Gobernador de Panamá para que un pelotón de Marinos norteamericanos escolte a los pasajeros en tierra. Calvo deniega el permiso, pero cuando atraca el *Golden Age* de California, el 19 de mayo, destaca sesenta soldados panameños a la estación del ferrocarril que sofocarían cualquier disturbio. Mervine a su vez envía doce infantes de marina norteamericanos escoltando a los filibusteros, y coloca varias lanchas llenas de Marinos en la costa, listos a entrar en acción si fuere necesario. El comodoro ignora simplemente enseguida la subsiguiente protesta de Calvo por haber violado la soberanía panameña.

Una gran cantidad de curiosos acuden a la estación a ver al famoso Walker. El sentimiento general es de sorpresa —de que "un hombre tan chiquito" sea el temible filibustero que ha convulsionado a Centroamérica durante largo tiempo. Uno o dos espectadores lanzan un par de insultos, mas el público no los secunda en forma alguna. Al llegar el tren a Aspinwall, los filibusteros escoltados por los Marinos pasan directo de la estación del ferrocarril a las oficinas de la compañía naviera, donde quedan reclusos hasta la hora de embarcar. "Se nos dice que el coronel Henry [borracho, como de costumbre] es el único que dio algo que hacer".³

Henningsen aborda el *Illinois* rumbo a Nueva York y Walker, su ordenanza y dieciocho oficiales del Estado Mayor (incluyendo al coronel

Lockridge, del río San Juan, que se les une en Aspinwall) parten en el *Granada* (toda una ironía) a la Habana, rumbo a Nueva Orleans. Según narra un pasajero, Walker se mantiene con la mayor reserva en el *Granada*, sereno y tranquilo, sin hablar con nadie, "sin orgullo ni humillación".⁴ Quizá piensa en su hermano, Lipscomb Norvell, que al regresar de Nicaragua en ese mismo barco a la Habana y en el *Empire City* a Nueva Orleans, en el viaje anterior, murió en alta mar el 26 de abril y echaron al agua su cadáver. O quizá piensa en la igual suerte de su otro hermano, James, muerto en Masaya el 15 de mayo del 56. Pero lo más probable es que otros pensamientos ocupen la mente de Walker, porque al llegar a la Habana, el 23 de mayo, de pronto se queda absorto, con los brazos en la barandilla y los ojos fijos, contemplando las formidables fortalezas del castillo del Morro, la Cabaña, la Punta y la prisión El Príncipe. La efigie de "Rey en el calabozo" tras la pérdida de su amada Ellen (Tomo I: *La Ciudad Medialuna*, p. 190) probablemente salta del subconsciente a la memoria. El *Empire City* llega de Nueva York el 24, y Walker y su séquito continúan en él a Nueva Orleans. En la boca del Mississippi, el 27, la goleta *Mary Ellen* pasa al lado del vapor, rumbo a Pensacola —si es que la ve Walker, ese nombre de seguro atiza de nuevo los recuerdos de su duelo.

A las seis de la tarde de ese miércoles 27 de mayo, 2.000 personas apiñadas en el muelle de Nueva Orleans dan la bienvenida al *Empire City*, mientras el *Sparhawk*, el *Mexico* y las demás embarcaciones en el puerto "lo saludan" con prolongados pitazos. Al atracar, "resuenan nueve vivas" y Walker se adelanta e inclina la cabeza ante sus admiradores: la muchedumbre delirante de entusiasmo. Centenares de ellos suben al barco y el Héroe Conquistador baja a tierra en hombros del pueblo. El *Picayune* narra aquella bienvenida apoteósica, signo del espíritu reinante del Destino Manifiesto:

Una delegación de nuestros ciudadanos milicianos dio la bienvenida al General al bajar del vapor, mientras tronaba una salva de cañonazos. Luego lo llevaron

en coche al Hotel St. Charles, donde, en respuesta a los gritos de la muchedumbre, hizo su aparición en el pórtico y fue recibido con una ensordecedora algarabía de vítores. Enseguida pronunció un discurso:

"Compatriotas —Siempre he sabido que cuento con las simpatías del pueblo americano para la causa que humildemente defiendo. Aunque derrotado hoy en Nicaragua, la misma simpatía que nos ha animado hasta la fecha resultará todavía en la emancipación de ese bello país. Podremos estar derrotados, pero no desanimados. Les agradezco, compatriotas, su amable bienvenida en mi retorno a la tierra nativa, y al mismo tiempo les debo expresar mi gratitud por su amabilidad y generosidad durante mi ausencia".

El General enseguida se retiró a recibir las congratulaciones de centenares de admiradores, que lo rodearon con los brazos abiertos en saludo y hermandad.⁵

A la mañana siguiente, "la ciudad está ... llena de Walker y Nicaragua". Casi no se habla de otra cosa y Nueva Orleans celebra el retorno del héroe "y sus bizarros compañeros".⁶ Los libreros desempolvan con premura viejas biografías y el retrato decora los escaparates de todas las librerías; aprovechando también la oportunidad, los empresarios de teatros se disputan su presencia y publican anuncios invitándolo a sus funciones. El jueves 28, Walker y su Estado Mayor asisten a la presentación del prestidigitador y ventrílocuo Profesor Wyman en El Anfiteatro. Cuando entran, la orquesta toca un aire patriótico y la gente echa vivas tras vivas "al intrépido Walker", hasta que él y sus compañeros se sientan. Enseguida se pone de pie un caballero de palco y propone "tres vivas más para el general Walker", los que se le dan y él se levanta "y con modestia" inclina la cabeza en reconocimiento. Cada alusión a él, de parte del profesor ventrílocuo, origina "nuevos estallidos de entusiasmo popular".⁷

La escena se repite el viernes cuando Walker asiste a la ópera "Norma" por la compañía italiana Corradi Setti en el Gaiety. Su entrada al

teatro la acompañan de nuevo los vítores del público y aires patrióticos de la orquesta, y él de nuevo humildemente inclina la cabeza en reconocimiento y luego parece gozar inmensamente de la función. En la Ciudad Medialuna Interior, el dueto de "Norma" sin duda agita los recuerdos de Eliza Biscaccianti y de la crisis en París (*La Ciudad Medialuna*, p. 260). Pero "el general Walker, el intrépido héroe del Istmo", pronto dirige su atención a otros asuntos: al discurso que debe pronunciar en Nueva Orleans al otro día, sábado 30 de mayo, a petición de su propio agente Mason Pilcher y cuarenta personas prominentes. Tema de la charla: "Los nuevos movimientos en Nicaragua ... asunto de enorme interés para el pueblo de los Estados Unidos y en especial para nuestros conciudadanos sureños".⁸

